

LA EVALUACION PERSONAL EN UNA REVISION DIARIA

por Vincenzo INSOLERA S.J.

"Este estilo de vida compromete al candidato al (...) discernimiento por medio de la revisión diaria de la vida propia..." (P.G. 11)

Este "ejercicio espiritual" no es propio del cristianismo, sino de todas las religiones, porque es típica del hombre religioso la introspección y, con la introspección, el remordimiento por las culpas cometidas, la voluntad de la enmienda, la atención a los varios momentos de la vida.

En el Antiguo Testamento, la evaluación tiene un puesto importante, como se ve en el ansia de Adán después de la culpa, en la penitencia de David, bajo las fustigadoras palabras de Natán ("Ese hombre eres tú", 2 Reyes 12,7) y en el atormentado soliloquio de Job. En el Nuevo Testamento, Juan Bautista proclama la necesidad de ponerse frente a la propia conciencia (Lc. 3, 1-14) y Jesús, por medio de las Bienaventuranzas y el Sermón de la Montaña, invita a una profunda revisión de vida y de conducta. Pablo, en la primera carta a los Corintios, dice claramente: "Cada uno se examine a sí mismo y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cálix: porque quien lo come y bebe no discerniendo el cuerpo y la sangre del Señor, come y bebe su propia condenación (11, 28-29).

La evaluación se hace ante el Señor, ante su cruz ("todo aquel concurso de los que se hallaban presentes a este espectáculo, considerando lo que había pasado se volvían dándose golpes de pecho (Lc. 23,48). San Pedro, desde su primer discurso, "alzando la voz" exhorta a sus oyentes a un verdadero examen de conciencia (Hechos 2,22-23).

El examen de conciencia lo encontramos luego en toda la literatura y ascética cristiana, hasta el día de hoy, pero adquiere un relieve bien definido en los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio, donde recibe una nueva formulación, destinada a una grande y permanente difusión.

El "examen general de conciencia" - con "el examen particular diario" y la "confesión general" - ocupa un lugar importante en el texto de los Ejercicios: inmediatamente después de la consideración del "Principio y fundamento" y antes de los "ejercicios" verdaderos y propios [32-43]. En cinco puntos, S. Ignacio ensancha el alma con la acción de gracias, hace que tome conciencia de sus faltas, la levanta al plano de la generosidad y la remueva en el amor.

Estas son las líneas generales que el Santo sugiere :
1) "Dar gracias a Dios... por los beneficios recibidos", o sea, reconocer los dones regalados. 2) "Pedir gracia para conocer los propios pecados y eliminarlos", luz para salir del mundo engañoso y contagioso en que vivimos. 3) Examinarse considerando lo que uno ha obrado "de hora en hora o de tiempo en tiempo", la manifestación de nuestros pensamientos secretos, de nuestros actos, en el recuerdo del Señor. 4) "Pedir perdón a Dios de las culpas", ponerse en la verdad de nuestro ser, donde el Padre juzga en lo secreto. 5) "Proponer la enmienda con su gracia", voluntad de comenzar nuevamente. - Y acabar con el Padre nuestro.

Un plan bueno para cualquiera, un medio para mantenerse "vigilante en la espera", con la lámpara siempre preparada. San Ignacio hacía uso frecuente del examen de conciencia y lo recomendaba vivamente. Con razón: la evaluación es oración, la primera y más elemental "manera de orar" (Ejercicios, 238-248) y ofrece a los más sencillos la posibilidad de hablar con Dios.

La práctica de la evaluación, como decíamos, hoy está difundida en múltiples formas, personal y comunitaria (revisiones de vida). La mayoría de las veces se hace al anochecer. Las CVX la han considerada siempre, desde sus orígenes, como elemento de formación de sus propios miembros: recordemos el "Libellus sodalitatis" del P. Francisco Coster (1570). el "Manuale sodalitatis B. Mariae Virginis"

del P. Francisco Veron (Lieja, 1599) y el del P. Pavone de Nápoles.

La Iglesia siempre la ha inculcado. Juan XXIII en el "Motu proprio" Rubricarum instructio (25 de julio de 1960) recomienda que "se haga el examen de conciencia prolongado por un tiempo conveniente".

Como es obvio, no han faltado objeciones contra este "ejercicio espiritual", por parte de los que no son amigos de "métodos" de oración, por considerarlos como un freno al libre caminar hacia Dios, como un fraccionamiento de la vida espiritual, por no hablar del aspecto matemático del examen particular y de la atención "excesiva" que se da a sí mismo con detrimento del abandono en Dios. Particulares dificultades encuentra hoy el cristiano frente a la complicación de los esquemas.

A estas dificultades no han faltado respuestas: el secreto del resultado del examen de conciencia está, como en cualquier cosa, en su buen uso. Se trata de una pista, de una vía, de un medio para ir a Dios. Las consideraciones que vamos a hacer serán tal vez la mejor respuesta a estas desconfianzas.

La evaluación es una manera de hacerse responsables, de disponerse mejor a la acción del Espíritu, de llegar a una verdadera y gradual conversión y de organizar la propia vida con prudencia a vista del propio progreso moral y espiritual.

"Todo modo de examinarse" (Ejercicios, 1) es la idea base de S. Ignacio, al principio de los Ejercicios, para llegar a vivir en plena conformidad con la obra de Dios en nosotros. Es un medio para liberarnos de las inmundicias del corazón y para purificarnos. En el fondo es un acto vital en Dios, que nos mantiene en la vía de la humildad y nos introduce en una auténtica contemplación, porque hace "buscar a Dios en todas las cosas".

El hombre debe conocerse, debe avergonzarse de su propia miseria y aspirar a una vida muy cristiana. Toda la vida espiritual depende de las gracias recibidas y de nues-

tra conducta (Ejercicios, 18). No se trata de replegarnos en nosotros mismos, sino de mirarnos en Dios. No es una minuciosa inquisición para acabar con la dolorosa constatación de nuestras culpas que suscite una enérgica reacción de la voluntad, sino de ver y de querer en Dios, más allá de las ilusiones y de los sentimientos que bullen en nosotros. Se quiere la evaluación no sólo para lograr un profundo conocimiento de nosotros mismos, sino para que nuestros sentimientos y nuestro espíritu queden purificados por la gracia y para remover el obstáculo íntimo de nuestra miseria de fondo -el pecado- y llegar a la confesión sincera. La fe sostiene la atención, hace responder al llamamiento, impele a la conversión, remueve la culpa y nos da la adhesión a Cristo entrando en el misterio de su muerte y resurrección.

La evaluación enseña a prever, a decidir con prudencia, a querer con paciencia y generosidad. Es una ayuda para orar, mantenernos fieles y progresar.

S. Ignacio propone cinco puntos, pero los puntos podrían lo mismo ser tres que siete, no es esto lo que importa. Importa el "conocimiento de sí en Dios" (S. Teresa de Lisieux), importa cambiar "la amargura en dulzura" (S. Alfonso Rodríguez) y la convicción encerrada en la respuesta de Cristo a Pablo "Te basta mi gracia: mi poder consigue su fin por medio de la flaqueza" (2 Cor 12,7-9). El obstáculo irradia el poder de Dios en nosotros. No fórmulas rígidas y minuciosas, sino sencillas y flexibles, que hacen que Dios obre en nosotros y nosotros obremos en Dios.

La evaluación es una vía de discernimiento. S. Ignacio nos la ofrece para conservar la experiencia hecha en los Ejercicios: una revisión para la elección o la reforma, a fin de escuchar mejor al Espíritu tras las inevitables deficiencias de cada día. La purificación que trae consigo, crea una nueva docilidad a la gracia y cambia el obstáculo en crecimiento de amor y de libertad.

La evaluación está también ligada con el diálogo espiritual con Dios y los hermanos, por ser un medio eficaz para acrecentar nuestra disponibilidad espiritual. No es un árido análisis, sino apertura al soplo de Dios, esfuerzo

para reconocer mejor la acción de la gracia y corresponder a ella.

Finalmente sugerimos algunas indicaciones para puntualizar todos los días.

- Ante todo examinar los problemas concernientes a la oración: elección del tiempo, fidelidad, dificultades, frutos; qué oración nos resulta mejor, qué forma se acomoda mejor a nuestro modo de ser, etc.

- Luego valorar lo que podríamos llamar el "clima del día": nerviosismo, inquietud, distracción; alegría, paz del corazón, estado de ánimo pacífico; nivel de mis pensamientos habituales; altos y bajos en el curso del día, y cosas semejantes.

- Por fin, evaluar los problemas, las preocupaciones, los empeños que nos han absorbido durante el día, discernir, su prioridad jerárquica; descubrir las eventuales omisiones, y los desequilibrios cometidos en el afrontar cruces y problemas, iniciativas y "deberes".

De este modo, la evaluación es una manera de reconocer los dones recibidos, de contribuir a la verdad acerca de nosotros mismos, de volver a emprender la marcha hacia Dios y hacia los hermanos, con fuerzas renovadas. Sobre todo, es un modo de hablar con el Padre "en el secreto" (Mt. 6,6), para decirle - como S. Agustín sugiere - lo que soy: "Dic Deo quod es!"